

plástica

CARMEN PARRA

altarista de profundidades





Cual misteriosa oficiante de alguna labor secreta que sostiene al mundo va Carmen Parra lindando con su pintura lo sagrado. Eco de los fantasmas de las iglesias de su infancia, sigue apareciéndose en sus trazos la gracia con que el milagro de la representación hace más llevadero este plano de expectación. No hay, no puede haber, pues, una artista plástica en el México contemporáneo que haya hecho del terreno de lo divinal su arena, y en la UDUAL agradecemos que nos haya permitido dar una ronda por todos sus rincones.



La pintura, como tal, dice Parra desenfadadamente cada que puede, no existe. Al ser un fenómeno, el color, que deviene de la vista humana y la luz solar, no ha sido contundente ninguna conclusión al respecto de qué es o no la maravilla del quehacer del pintor. “Entonces me dedico a algo que no existe”, concluye y arremete luego de una sonrisa habitual: “Dedicarme a lo que no existe es mi pasión”.

Amplísima, la plástica de Carmen –recientemente ha incursionado en la escultura a pie del Océano Pacífico– es uno de los más reacios y lumínicos universos del panorama mexicano. Invadidos por espacios abstractos, los personajes claves de su obra, presentes a lo largo de este número de *Universidades*, siempre están a punto de aparecerse o desaparecer frente a nuestros ojos.

Volátil, la obra que hemos repasado en estas páginas se siente hecha desde una ventana, casi siempre lejana, casi siempre opaca, más nunca oscura, y nunca nunca indiferente. Como enaltecendo una miopía genial, los colores de la Parra interfieren, saturan la atmósfera, conscientes de su alucinación. Desencuentran sin extraviar a quien los contempla, Carmen siempre piensa en lo que no se va a ver.



Trabajando en la escenografía de la obra *La muerte florida*, 1979.



Altarista por antonomasia, esta singular maestra de la plástica creció en la antropología. Y sin enredos ni fingimiento, pero a través del mundo “de la no verdad”, como le gusta referirse a sus visiones, Parra va descifrando a la humanidad en su bienaventuranza. “**Lo sagrado del hombre es su propia existencia**”, dice, siempre con una sonrisa cómplice y complacida de tanta feliz vida angélica.

